

El incuestionable éxito del proceso de transformación no puede desligarse en última instancia de un doble contexto. Se trata por un lado del que representa la capital del Turia respecto a la provincia y al resto del territorio de la actual Comunidad Valenciana en su conjunto y, por otro, de la trayectoria más amplia de modificaciones cualitativas comparables que se producen en el conjunto de la sociedad española y de forma más destacada en los enclaves urbanos.

Vista de Valencia, 1874.

La ciudad, escenario de la conspiración que en 1814 había hecho posible el regreso de Fernando VII como soberano absoluto, era otra vez el espacio de la restauración borbónica, pero en este caso bajo un sistema liberal. Destacados miembros del patriciado local habían contribuido a ello, ayudando a construir el sostén político del sistema, el bipartidismo entre conservadores y liberales, mediante el clientelismo y el caciquismo.

LA RESTAURACIÓN: EL TRÁNSITO DE CIUDAD PROVINCIANA A CIUDAD MODERNA, 1874-1923

[TERESA CARNERO ARBAT –UVEG–]

El objetivo de estas páginas es sintetizar los rasgos más destacados del proceso de modernización de la tercera capital de España, de la «pagana Valencia» como la definió Miguel de Unamuno, durante la larga etapa que transcurre entre 1874 y 1923. Una trayectoria, durante el medio siglo de la Restauración de la monarquía borbónica y a cuya gestación –por la vía del pronunciamiento militar del general Martínez Campos– contribuyeron significativamente los círculos alfonsinos locales, de destacado progreso socioeconómico relativo, con precedentes de cambio a finales de los años centrales del siglo XIX y con proyección desigual durante la década de los veinte. A lo largo de esa larga secuencia en la que se perfilan diferentes tiempos en el ritmo y alcance de los cambios, haré referencia igualmente a quiénes protagonizan el proceso de transformación relativa de las estructuras socioeconómicas y de los comportamientos políticos de esta ciudad mediterránea y cuál es el balance de luces y sombras, de los avances conseguidos y de las limitaciones no menos destacables.

Por otra parte es pertinente precisar en esta introducción que durante



El gobierno de Madrid decidió aplastar la rebelión con las armas, enviando tropas al mando de Martínez Campos, nombrado capitán general de la plaza. El 7 de agosto entraba en la ciudad tras someterla a un intenso bombardeo. La junta presentaba su dimisión. Apaciguado el conflicto, el militar buscó apoyos en la población para promover la Restauración de la dinastía borbónica. Tras el pronunciamiento de Sagunto y la ocupación de Valencia, dio un golpe de estado que derrocó al gobierno de la República, facilitando la vuelta de los Borbones. Alfonso XII, hijo de Isabel II, llegaba precisamente a Valencia el 11 de enero de 1875. Poco después era proclamado rey de España.

Pronunciamiento del general Martínez Campos a las afueras de Sagunto. *La Ilustración Española y Americana*.



esta etapa no sólo se produce la materialización de la ciudad 'grande' sino también un aumento de su proyección exterior. En especial, con motivo de la Exposición Regional de 1909 y Nacional del año siguiente. A través de éstas, los grupos rectores de la ciudad pretenden difundir una imagen de ella como enclave moderno, dinámico, socialmente equilibrado pese a la polarización social, dispuesto además a contribuir a, lo que ellos consideraban el engrandecimiento de la nación común española a través de un regionalismo de orden.

El incuestionable éxito del proceso de transformación no puede desligarse en última instancia de un doble contexto. Se trata por un lado del que representa la capital del Turia respecto a la provincia y al resto del territorio de la actual Comunidad Valenciana en su conjunto y, por otro, de la trayectoria más amplia de modificaciones cualitativas comparables que se producen en el conjunto de la sociedad española y de forma más destacada en los enclaves urbanos. Porque no pueden soslayarse dos realidades en la primera dirección: a) que su dinamismo como municipio se conjuga con el mantenimiento a finales de los años veinte respecto a 1900 de la posición rezagada del territorio de la actual comunidad autónoma (el puesto decimoprimer de un total de 17 en el ranking regional del IFCV (índice físico de calidad de vida) y b) que el crecimiento demográfico de la ciudad (su urbanización en términos poblacionales) se produce a costa del crecimiento inmigratorio procedente del resto del país.

Por lo que se refiere a la segunda faceta (la modernización española del primer tercio del siglo xx), en ella se combinan tres rasgos significativos: a) los positivos efectos del ritmo de expansión de determinadas actividades industriales y agrarias ubicadas en unas zonas geográficas muy concretas; b) la tendencia alcista experimentada por el contingente humano residente en los núcleos de mayor tamaño y la necesidad de adecuar el espacio urbano a esta nueva realidad marcada por el crecimiento de la clase media y de los trabajadores; y c) el arraigo progresivo de solidaridades individuales y colectivas que con una proyección ideológica diferenciada (derechas católicas y además nacionalistas en los casos de Cataluña y el País Vasco, izquierdas republicanas y socialistas) trasciende el ámbito estrictamente local. La plasmación de éste último fenómeno –el avance de la socialización política de las organizaciones de masas– lleva aparejada, por parte de las izquierdas en especial, la demanda de democracia al abogar por una composición y un funcionamiento de las instituciones políticas representativo





del conjunto de los ciudadanos con derecho de voto. En suma, frente a la vieja política caciquil, corrupta y que limita la competencia del mercado político, estos sectores urbanos reivindican la nueva política de ciudadanos y partidos libres e iguales en derechos civiles y políticos y de instituciones autónomas y transparentes.

Valencia en movimiento: las fases del dinamismo de la ciudad agrario-exportadora y de servicios

Conocemos bien la tipología del desarrollo tanto económico, con sus distintas coyunturas de crecimiento, de desaceleración y de crisis, como demográfico y urbano. En el primer ámbito, que la centralidad de la capital ejemplifica, recrea y proyecta en el conjunto de España antes pero sobre todo tras la Exposición Regional de 1909, todo ello es inseparable de las características del crecimiento sin industrialización propio de la economía valenciana y de las consecuencias económicas y sociales provocadas por esta vía de consolidación del capitalismo. El resultado será múltiple.

Por una parte, se consolida una agricultura competitiva y diversificada, muy vinculada a los mercados exteriores (francés para el vino hasta comienzos del siglo xx y británico para la naranja a lo largo del primer tercio de la nueva centuria), que supo adaptarse a las oscilaciones de la demanda, y con unos efectos inducidos reseñables sobre el tejido industrial que, sobre la base artesanal preexistente, se modernizó incrementando su especialización. El catálogo de la emblemática Exposición inaugurada por Alfonso XIII suministra la relación de las firmas más importantes de la industria. Son las empresas de fertilizantes químicos (los Trenor o los Noguera con su empresa creada en 1891 y ubicada en el camino Hondo del Grao), de la producción de pólvora y explosivos para la perforación

Durante esta etapa no sólo se produce la materialización de la ciudad 'grande' sino también un aumento de su proyección exterior. En especial, con motivo de la Exposición Regional de 1909 y Nacional del año siguiente. A través de éstas, los grupos rectores de la ciudad pretenden difundir una imagen de ella como enclave moderno, dinámico, socialmente equilibrado pese a la polarización social, dispuesto además a contribuir a, lo que ellos consideraban el engrandecimiento de la nación común española a través de un regionalismo de orden.

Cartel oficial de la Exposición Regional Valenciana de 1909.



Se consolida una agricultura competitiva y diversificada, muy vinculada a los mercados exteriores (francés para el vino hasta comienzos del siglo xx y británico para la naranja a lo largo del primer tercio de la nueva centuria), que supo adaptarse a las oscilaciones de la demanda, y con unos efectos inducidos reseñables sobre el tejido industrial que, sobre la base artesanal preexistente, se modernizó incrementando su especialización.

Mujeres clasificando naranja. Archivo de la Diputación de Valencia.

Puerto de Valencia. Colección Díaz Prósper.

de pozos. Y también, entre otras muchas, las de la fabricación de productos metalúrgicos para ser utilizados en el sector agrario y en el transporte ferroviario (La Maquinista Valenciana, Fundición Primitiva Valenciana, Talleres Gómez Giménez y J.J. Sister entre otros).

Por otra parte, las positivas repercusiones del dinamismo agrario (en 1900 daba trabajo al 44% de la población activa de la capital) al sumarse al avance de la urbanización (los más de 200.000 habitantes de 1900 han ascendido a más de 300.000 en 1930), explican tanto la expansión del sector manufacturero de bienes de consumo (lámparas, muebles y productos de ebanistería y curtidos) como el aumento de la renta global y el crecimiento paralelo de las clases medias asociado a este último hecho. La trayectoria expansiva de estas últimas actividades está asociada a dos hechos destacables: capacidad de innovación empresarial y competitividad, que posibilita ganar cuota de mercado también entre los consumidores españoles y lati-



noamericanos. Los nombres de Mariner o de Suay, Caselles y Trobat son algunos ejemplos representativos de este doble comportamiento rentabilizado con pingües beneficios en los años de la Primera Guerra Mundial.

Las estrechas relaciones entre el crecimiento demográfico y la expansión urbana –el segundo y tercer ámbito de los enunciados al comienzo de este apartado– aconsejan abordarlos al unísono. La culminación del ciclo de transición de la ciudad pueblerina a la ciudad ‘grande’ se ha conseguido con claridad a comienzos de la década de 1930. Por esas fechas, además, la urbe tiene el perfil de capital suprarregional. Las características más destacadas para el periodo comprendido entre 1860 y 1930 son las siguientes: a) el peso demográfico del municipio se ha duplicado respecto al conjunto del territorio situándose en la última fecha en un 16’9%; b) la tasa media anual de crecimiento acumulado fue muy superior a la del resto del país (un 1’57% frente a un 0’43%); c) la variable clave del crecimiento poblacional fue la corriente inmigratoria, puesto que contribuyó en algo más de un 80% a dicho aumento del número de habitantes; d) la natalidad fue de manera sostenida inferior a la del resto del país, aunque las diferencias fueron suavizándose con el transcurso del tiempo; y e) la mortalidad, como contrapartida, fue en todo momento más alta que en el conjunto del territorio, atenuándose esta negativa diferencia desde principios del siglo xx tanto en términos brutos como por lo que se refiere a la mortalidad infantil.

La remodelación y reordenación del espacio urbano tiene su origen en la coyuntura finisecular. De esta forma, cuando finalice la Restauración no sólo la fisonomía de la tercera capital de España habrá cambiado mucho sino que también se habrá incrementado de manera significativa la oferta de servicios a disposición de sus habitantes. Ésta abarca una amplia gama que cubre las nuevas exigencias tanto de abastecimiento de agua, alumbrado, gas y transporte (hasta siete estaciones ferroviarias incluidas la Central de Aragón desde 1902 y la del Norte, finalizada en 1921 pero iniciada en 1906), como comerciales (en 1918 abren sus puertas los primeros grandes almacenes, E. Ferrer, y pocos años más tarde, en el lujoso pasaje de Ripalda, se ubica por ejemplo la prestigiosa Casa Oltra, sumándose a la nómina de

La remodelación y reordenación del espacio urbano tiene su origen en la coyuntura finisecular. De esta forma, cuando finalice la restauración no sólo la fisonomía de la tercera capital de España habrá cambiado mucho sino que también se habrá incrementado de manera significativa la oferta de servicios a disposición de sus habitantes.

Fotografía de A. Esplugas, la Lonja y la plaza del Mercado. Biblioteca Valenciana.

establecimientos burgueses existentes desde principios de la centuria en la calle de la Paz), pasando por el incremento de la demanda del suministro de abastecimientos de alimentos con nuevos mercados de estructura cubierta para propiciar más limpieza y salubridad. Esta faceta se plasmó, por una parte, en el proyecto del Mercado Central por iniciativa en 1909 del alcalde republicano E. Ibáñez, cuya financiación corrió a cargo de las familias Moroder y Trenor (el gobierno liberal de Canalejas le recompensaría con la concesión del título de conde), pero cuya ejecución no finalizó hasta 1928. Y, por otra, supuso la posterior y mucho más rápida construcción (entre 1913 y 1916) del espacio de similar estilo modernista del mercado de Colón en el Ensanche noble.

No menos representativo del cambio de imagen de la ciudad y de su dinamismo es el impulso de su faceta turística. Porque sin que sea comparable a la trascendencia que ha alcanzado hoy, ya entonces el aumento de la movilidad con fines de ocio experimentó un considerable avance en muchos países y entre ellos España. Algunos hechos son ilustrativos. Por ejemplo, la existencia desde finales del siglo XIX de los primeros restaurantes (La Marcelina, La Pepica) en la playa del Cabanyal. Una zona de ocio a la vez burguesa y popular, inmortalizada por los magistrales trazos «etéreos» de Sorolla (era la opinión de su amigo Azorín). Pero también se pone de manifiesto en la construcción del balneario de Las Arenas tras la concesión por el Estado, en 1889, a A. Zarranz del terreno de dominio público y en la difusión en la prensa del resto de España, en especial en la de Madrid, de las ‘bondades’ climatológicas de la ciudad con motivo de eventos del tipo de la Exposición Regional de 1909. Además, cerrando el ciclo, cabe señalar la fundación en 1919 de la Sociedad Valenciana para el Fomento del Turismo.

Todo lo señalado hasta aquí no es incompatible con la presencia de sombras relevantes. El ‘modelo’ de la expansión urbana –los proyectos finiseculares de nuevas arterias y la inmediata propuesta de ampliación del primitivo Ensanche junto a la remodelación del espacio del antiguo recinto amurallado– estuvo poco definido y, sobre todo, fue de lenta ejecución. Lo confirma en el primer caso lo ocurrido con el diseño y realización tanto del camino de Tránsitos como del de Valencia al Mar. Así, mientras entre la culminación (1896) del primer tramo de Tránsitos de los casi 12 km proyectados a la finalización de la circunvalación completa (1948) pasan más de cincuenta años, hay que esperar más de veinticinco para que empiece a construirse (1926) la vía hacia el mar, cuyo proyecto había sido aprobado el año 1898.

En el segundo caso, el balance no es muy distinto. Treinta años después de haberse aprobado el plan de reforma del Ensanche de 1887, conocido como Ensanche Mora y Pichó, el número de licencias de obra era todavía insignificante a pesar de haber quedado circunscrito por iniciativa municipal republicana a una pequeña parte del total ejecutable. A la crítica de la lentitud hay que añadir la falta de originalidad del proyecto y la inexistencia de proyección de futuro en algunas vertientes importantes. Porque se ignoró la necesidad de prever espacio para dotaciones escolares, servicios terciarios o de ocio colectivo como jardines.

El tercer eje de la ‘revolución urbana’ del ayuntamiento republicano contempló otras dos ambiciosas iniciativas: la remodelación del barrio de Pescadores y el Proyecto de Reforma Interior. No es exagerado calificar de rotundo fracaso el desarrollo de esta segunda obra aprobada por R.O. de 1911 bajo la rúbrica del arquitecto municipal F. Aymamí en base a la crea-



Plano fotográfico de Valencia, c. 1880.
Litografía de C. Miralles. Contempla un
proyecto de reforma interior de A. Martín.



ción de las avenidas del Oeste y del Real, la ampliación de la plaza de la Reina y la creación de pequeños jardines en la parte meridional del antiguo casco urbano. Mayores éxitos acompañaron a la primera a partir de la R.O. de 1903: las trece manzanas comprendidas entre las actuales calles Barcas y la plaza del Ayuntamiento quedaron reducidas a cinco. Allí se instalaron nuevas sedes bancarias (Banco de España, Hispanoamericano, de Valencia o el Comercial Español, ligados inicialmente al negocio del arroz y del vino respectivamente) y el edificio de Correos y Telégrafos (1915-1922). Muy cerca se inauguró en 1913 el lujoso hotel Reina Victoria.

El balance de luces y sombras relacionadas con la específica transición desde un enclave agrario y comercial, como lo era Valencia a principios de la tercera década del siglo xx, y seguirá siéndolo hasta el impacto de la fase final de la industrialización del decenio de los sesenta, hasta llegar a ser una urbe modernizada bien planificada viariamente y dotada de amplios servicios, se conjugan con dos cambios que no deben ser infravalorados. El primero lo constituye la indudable modernización de la estructura social conseguida a mediados de los años veinte. Una ampliación de los sectores sociales intermedios y de los trabajadores muy relacionado con el segundo: la marcada segregación social del espacio urbano en función de la renta de los residentes en los distintos distritos. A la burguesía le había preocupado protegerse de ciertos ambientes de «dudosa moralidad» (la prostitución había proliferado mucho desde los años finiseculares) frecuentados por los «levantiscos y fácilmente excitables» obreros de la capital y la provincia.

Esta modernización social asociada a la segregación territorial está vinculada al considerable incremento de los beneficios procedentes de la agricultura y de las actividades industriales, comerciales y financieras ligadas a

El tercer eje de la 'revolución urbana' del ayuntamiento republicano contempló otras dos ambiciosas iniciativas: la remodelación del barrio de Pescadores y el Proyecto de Reforma Interior. No es exagerado calificar de rotundo fracaso el desarrollo de esta segunda obra aprobada por R.O. de 1911 bajo la rúbrica del arquitecto municipal F. Aymamí en base a la creación de las avenidas del Oeste y del Real, la ampliación de la plaza de la Reina y la creación de pequeños jardines en la parte meridional del antiguo casco urbano.

Reforma interior de Valencia por Federico Aymamí, 1911.



ella. Un enriquecimiento de la burguesía (propietarios, exportadores, empresarios relacionados con los servicios urbanos y financieros), que también caracteriza a la clase media. Por contra, los sectores de menores ingresos son incapaces de hacer frente, primero, a las repercusiones coyunturales de la crisis agraria finisecular sobre los cultivos más tradicionales –el arroz en especial– de la huerta colindante con la capital y, sobre todo, a las modificaciones estructurales e irreversibles que lleva aparejada el aumento de la oferta de alimentos en el mercado internacional. Y también lo son para mantener la capacidad adquisitiva algunas décadas más tarde: durante la etapa recesiva de contracción de la demanda europea de cítricos provocada por la Primera Guerra Mundial.

Los conflictos sociales más graves influidos por estos hechos se produjeron en dos oleadas. La primera la protagonizaron a comienzos de la Restauración (en 1879 y 1882) los colonos de la Huerta y de otras comarcas centrales próximas. La segunda (entre 1917 y 1921), con los criterios

La modernización social asociada a la segregación territorial está vinculada al considerable incremento de los beneficios procedentes de la agricultura y de las actividades industriales, comerciales y financieras ligadas a ella. Un enriquecimiento de la burguesía (propietarios, exportadores, empresarios relacionados con los servicios urbanos y financieros), que también caracteriza a la clase media. Por contra, los sectores de menores ingresos son incapaces de hacer frente, primero, a las repercusiones coyunturales de la crisis agraria finisecular sobre los cultivos más tradicionales –el arroz en especial– de la huerta colindante con la capital y, sobre todo, a las modificaciones estructurales e irreversibles que lleva aparejada el aumento de la oferta de alimentos en el mercado internacional.

Después de la refriega, Antonio Fillol, 1904. Museo de Bellas Artes, Valencia.

La gloria del pueblo, Antonio Fillol, 1895. Museo de Bellas Artes, Valencia.



organizativos y de respaldo obrero del sindicalismo de masas, fue liderada por la UGT y la CNT y los duros enfrentamientos con la Guardia Civil por la carestía, el desabastecimiento y la falta de trabajo, se saldaron con heridos y muertos entre los que no faltaron obreros asesinados en aplicación de la «ley de fugas» (1921), ni tampoco atentados, con el mismo fatídico resultado en las personas de un propietario arrocero y del conde Salvatierra y de su mujer (en el mes de julio de 1920).

Sin embargo, la evolución de la coyuntura internacional entre 1880 y los años de la posguerra mundial no basta para explicar estas dificultades. Hay otro tipo de causas que, a mi juicio, son mucho más importantes. Son unas limitaciones estructurales que las oscilaciones del mercado exterior y sus cambios ponen al descubierto. Unas supervivencias superpuestas a las transformaciones económicas, urbanas y sociales mencionadas en párrafos anteriores, que evidencian que el atraso no había desaparecido. Cuatro indicios son los más destacables para corroborarlo. Primero, que, como se desprende de los informes de los ingenieros agrónomos, la mejora en los cultivos no había estado exenta de deficiencias. Segundo, que la especialización no había afectado al conjunto del sector agrario. Tercero, que la usura había seguido siendo en muchos casos la única posibilidad de financiación en coyunturas recesivas. Y cuarto, que, en general, la demanda de bienes de subsistencia seguía siendo el componente principal de los presupuestos de la inmensa mayoría de las familias valencianas.

Las fuerzas políticas: republicanos sin república, caciques díscolos sin hegemonía municipal, regionalistas sin proyecto unitario y socialistas de escaso arraigo

El impulso de la modernización sociopolítica relativa es otra de las modificaciones más características del tránsito de la ciudad de provincias a la gran ciudad mediterránea. Con diferentes ritmos propiciados por la recuperación en 1890 del sufragio universal masculino se acrecienta la competencia por el voto, por el escaño (los tres diputados valencianos en el parlamento) y por el poder municipal. El nuevo tejido de fuerzas sociales de la moderna ciudad burguesa de empresarios agrarios e industriales, de comerciantes y especuladores, de pequeños propietarios y trabajadores del campo y de los talleres, fue un poderoso estímulo para socavar los pilares de la desmovilización de la mayoría, del alternante monopolio político de conservadores, liberales y católicos nutrido del clientelismo caciquil y del fraude electoral, y de los valores colectivos antiseccularizadores (frente a la acción social electiva, la preceptiva y consuetudinaria, frente a la normalización del cambio, el inmovilismo del orden establecido o como máximo el encauzamiento elitista de las reformas). Es precisamente en este contexto en el que pugnan por hacerse con la hegemonía dos formas de hacer política: la vieja y la nueva.

La primera –la vieja política– es la que habían estado practicando conservadores (Cirilo Amorós es un ejemplo destacado), y liberales (Pérez Pujol) desde 1885 sobre la base de un poder local caciquil. Hasta fines de siglo, con el respeto escrupuloso de los principios básicos de entendimiento y pacto mutuos, consiguieron preservar sus cargos de diputados y sus respectivas redes de influencia clientelar frente al intrusismo de terceros, ya fuesen candidatos cuneros (impuestos por las elites centrales de sus propios partidos) o adscritos al espectro ideológico de la izquierda republicana o



socialista. Desde la coyuntura finisecular hasta la Primera Guerra Mundial, la política de estabilidad de la monarquía parlamentaria y orden católico que representan queda sin embargo arrinconada por la nueva ideología blasquista y la manera de difundirla con reiterado éxito electoral en convocatorias generales y municipales.

No obstante, conviene no minimizar la importancia de otros procedimientos de las derechas para preservar sus principios y valores, que conforman los de la estructura sociopolítica de la monarquía de Alfonso XIII. Desde las posiciones más extremas del conservadurismo contribuyen a ello los movimientos católicos y tradicionalistas. Estos, a través del carlismo o de la Liga Católica, mantendrán una posición minoritaria pero permanente en el ayuntamiento. Protagonizaron incluso algunas intentonas insurreccionales, como la de noviembre de 1900, pero sobre todo organizaron diversas campañas para asegurar la pervivencia de la cultura ultracatólica. Especialmente intensas fueron las que llevaron a cabo durante la segunda década del nuevo siglo y en particular en 1913 en defensa de la religión católica en la escuela pública valenciana. Mostraron una indudable capacidad de movilización y de implantación social favorecida, sin lugar a dudas, por contar desde dos años antes con un órgano de prensa propio: el tradicionalista *Diario de Valencia*. Pero además se esforzaron por tener una presencia continuada en la esfera pública de la capital: es el caso de la celebración desde 1907 de las Semanas Sociales y puntualmente, en 1913, de la elección de la ciudad para reunir la Tercera Asamblea de los Centros de Defensa Social y Ligas Católicas.

Paralelamente, el catolicismo social había calado hondo entre los sectores populares, divulgado desde 1891 por el sacerdote jesuita conocido como el Pare Vicent. Creó círculos obreros financiados en buena medida por los patronos, y organizó congresos sociales para «elevar y cultivar la conciencia social de la Iglesia y del católico seglar». En la diócesis de la ciudad del Turia –su principal centro de actuación– llegaron a existir en 1893 unos 40 círculos y 27 patronatos con un total de más de 16.000 socios. La colaboración y el apoyo que le brindaron algunas de las figuras más representativas de la burguesía (J.M. Prósper Bremón, el conde de Rótova y la familia Trenor

Palavicino) fueron decisivas para el éxito de su labor. Desde fines de siglo se dedicó sobre todo a la organización de los labradores sin descuidar, sin embargo, el proselitismo en el seno de la clase media baja urbana. Fue el caso de los gremios de carpinteros, de albañiles y del arte del hierro. Y lo mismo cabe señalar del inicio del movimiento cooperativista y de la creación de las primeras instituciones de crédito agrícola.

En esta forma distinta de hacer política radica probablemente la clave del arraigo de este primer socialcristianismo en el campo valenciano. Ofreciendo al pequeño agricultor y al campesino asalariado –sectores desatendidos por los poderes públicos– alternativas concretas para mejorar su situación, era difícil que éstos no fueran influidos por sus principios y por su comportamiento. Décadas más tarde dos organizaciones políticas se beneficiaron de forma directa del legado de este primer catolicismo social. Tanto la Asociación Regional de Acción Católica (la ARAC), considerado el primer Partido Social Popular, fundada en Valencia en 1921 por algunos de los más destacados colaboradores del padre Vicente (M. Simó y L. Lucia) como Derecha Regional Valenciana (DRV), el principal partido de masas de la derecha agraria valenciana durante la Segunda República, pueden ser considerados los herederos de buena parte de los criterios ideológicos y organizativos de una forma de concebir la actuación política muy distinta a la de los partidos dinásticos tradicionales de notables. Ambas formaciones compartirán no sólo principios ideológicos fundamentales como el conservadurismo y el catolicismo sino también liderazgos. Los principales cuadros de DRV (1930) provendrán de la extinta ARAC.

Como contrapartida, en la izquierda la nueva política es sinónimo del partido republicano liderado por Vicente Blasco Ibáñez. Se trata de una organización que de ser, a principios de la Restauración, un partido de notables radicales y nostálgicos de la experiencia de la Primera República, se habrá convertido a finales de los años noventa en el partido de masas de la pequeña burguesía de la ciudad de Valencia y pueblos próximos. El desarrollo de este proceso, que convierte al republicanismo en la fuerza política hegemónica de la capital durante los años comprendidos entre 1898 y 1911, está indisociablemente unido a la figura de su líder carismático Blasco Ibáñez. Este hombre cosmopolita (viajó por medio mundo y fue un incondicional defensor en España de la causa perdida durante muchos años del capitán Dreyfus) y polifacético (su dedicación a la vida política activa, mientras tuvo vocación para ello, no lo apartó nunca de su actividad de novelista) fue el principal protagonista de la incorporación a la política de estos sectores intermedios en ascenso numéricamente y susceptibles de movilizarse en torno a proyectos alternativos al caciquismo conservador o liberal dominante.

Todo empieza en 1890 con la promulgación por Sagasta del sufragio universal masculino y con el subsiguiente abandono del retraimiento político por parte de las numerosas facciones republicanas. Todas ellas –federales pactistas, pimargallianos, federales orgánicos de Figueras, demócratas progresistas de Ruiz Zorrilla, centralistas salmeronianos y posibilistas castelarianos– articulan una Unión Republicana de cara a las elecciones generales de 1891. Los resultados en las tres provincias valencianas son modestos. Los republicanos consiguen escaños parlamentarios en las circunscripciones de Valencia y Castellón. Dos años más tarde inauguran su presencia en la vida municipal de la capital del Turia alcanzando por primera vez las tres actas del ayuntamiento. A partir de entonces se produce la desaparición



progresiva de la ortodoxia pimargalliana y el control creciente del aparato provincial del federalismo en Valencia por parte del núcleo que se agrupa alrededor de Blasco y el periódico *El Pueblo*. Las elecciones generales de 1898 brindaron la primera ocasión, tras la escisión, para comprobar cuál de las dos opciones –republicanismo histórico frente a blasquismo– conectaba más con las aspiraciones de la pequeña burguesía. Los resultados fueron contundentes al respecto. Pi y Margall no llegó a conseguir 800 votos. Blasco Ibáñez fue el candidato a diputado más votado con más de 6.300 papeletas. Desde ese momento nadie logró arrebatarse el escaño por Valencia mientras decidió seguir presentándose. La última vez que lo hizo fue en 1907. Ninguno de los hombres que pugnen desde esa fecha por hacerse con el control del partido tendrán su carisma popular y su capacidad de liderazgo. De ambas cualidades personales carecieron, en efecto, tanto su hijo Sigfrido como Soriano y Azzati.

La razón más importante del reiterado triunfo de Blasco y del de su partido en las elecciones municipales (de 1901 a 1911 obtienen la mayoría en el ayuntamiento y de 1903 a 1909 esa mayoría es absoluta) radica tanto en su forma de hacer política como en el contenido de su proyecto de transformación social. Estuvieron en contacto permanente con su electorado potencial, y funcionaron como un partido moderno creando una amplia y renovada organización capaz de movilizar a sus seguidores y votantes.

El contenido de su programa debe de ser considerado socialmente progresista. La laicidad y la limitación del poder de la Iglesia a su propio ámbito, la educación pública y el cambio radical del sistema político antidemocrático vigente, constituyen las reivindicaciones más importantes. A todas ellas hay que sumar las numerosas propuestas puntuales que realizó el partido republicano blasquista cada vez que los representantes de la «vieja política» caciquil violentaban legal o ilegalmente las libertades individuales o de

Las elecciones generales de 1898 brindaron la primera ocasión, tras su escisión, para comprobar cuál de las dos opciones –republicanismo histórico frente a blasquismo– conectaba más con las aspiraciones de la pequeña burguesía. Los resultados fueron contundentes al respecto. Pi y Margall no llegó a conseguir 800 votos. Blasco Ibáñez fue el candidato a diputado más votado con más de 6.300 papeletas. Desde ese momento nadie logró arrebatarse el escaño por Valencia mientras decidió seguir presentándose. La última vez que lo hizo fue en 1907.

Vicente Blasco Ibáñez.
Biblioteca Valenciana.

grupo (protestas contra los estados de excepción y contra las arbitrarias suspensiones de periódicos; campañas contra la tortura y a favor de la amnistía de los presos políticos: los de la Mano Negra, por ejemplo, y la intensa movilización para salvar a Ferrer i Guàrdia de la pena de muerte).

La trayectoria del valencianismo político es, como contrapartida, la historia de un fracaso; un fiasco en la articulación de una alternativa regionalista unitaria, interclasista e integradora geográficamente de todos los valencianos. Los orígenes de este movimiento están muy ligados a la ciudad de Valencia y al proceso de aglutinación de la clase media. Sin embargo, aquí no se produce la confluencia que se había gestado en Cataluña entre las aspiraciones concretas de la pequeña burguesía en materia impositiva, y los intereses generales de esta comunidad diferenciada de la mano de Prat de la Riba. Las razones para explicar por qué no fue posible articular un proyecto político integrador de los valencianos son, sin lugar a dudas, muchas y muy complejas. Y entre ellas no es la de menor importancia la diferente distribución territorial de la población en Cataluña y en el País Valenciano. Sin embargo, creo que pueden apuntarse algunas otras en estrecha relación con la configuración de las fuerzas sociales y políticas que se acaban de mencionar en párrafos anteriores. Porque es necesario recalcar que la pequeña burguesía valenciana será republicana y anticlerical, pero no será regionalista. Mientras que, por su parte, la escasa burguesía industrial y la burguesía agraria y financiera serán conservadoras y de derechas pero no tendrán la más mínima aspiración de conquistar el Estado. Las diferencias respecto a Cataluña eran, como puede verse, abismales.

A pesar de todo, durante estos años, diversos grupos hicieron esfuerzos para empezar a articular el valencianismo. El primer intento tiene lugar en 1902 a raíz del discurso de F. Barberá (vicepresidente de la entidad cultural Lo Rat Penat) titulado «De Regionalisme i Valentinitat». Este texto no es ni apolítico ni folclórico. Apuesta por la defensa de la descentralización como máxima aspiración política de articulación de los valencianos y también lo hace por el bilingüismo.

La creación en 1904 de Valencia Nova, como escisión de Lo Rat Penat, responde a unos presupuestos muy distintos. Buscaban promover un amplio movimiento de solidaridad de todos los partidos políticos en nombre de los intereses generales de los valencianos, y con el fin de conseguir la autonomía política. Al año siguiente de la creación de Solidaritat Catalana convocarán la primera Asamblea Regionalista Valenciana. La celebración del segundo centenario de la abolición de los fueros les brindó la ocasión para pronunciarse públicamente a favor de la articulación de un pacto entre los valencianos de las mismas características que el catalán y destinado a impulsar una *Renaixença* «auténtica». No lo consiguieron. Y la gran alianza proyectada quedó reducida a un proyecto defendido tan sólo por los marginales grupos políticos que la habían intentado materializar (Valencia Nova, Centre Regionalista, Joventut Valencianista).

Las elecciones municipales de 1909 iban a poner de manifiesto el fracaso del valencianismo como movimiento de masas en todo el territorio valenciano y de forma muy clara en la ciudad de Valencia. Todos los candidatos valencianistas fueron derrotados. A la burguesía no le había interesado lo más mínimo el proyecto solidario. A través del partido conservador y del partido liberal podía defender con éxito sus intereses en Madrid y podía tener el control de una parcela importante del poder local. Un desinterés que se convierte en oposición clara y reiterada del lado de blasquistas y le-



rrouxistas. Intentar difundir el valencianismo entre sus bases, hubiera debilitado probablemente la difusión de sus objetivos prioritarios: mantener viva la postergada esperanza de conquistar la república y, además, fomentar el anticlericalismo. La movilización popular frente al clericalismo gubernamental fue de hecho el pilar estratégico del republicanismo valenciano. La decisión del gobierno de Maura de situar a Nozaleda al frente de la silla arzobispal de Valencia les brindó una buena ocasión para iniciar una feroz campaña. Pero es que, además, la situación que venía atravesando el partido desde la muerte de Pi y Margall no aconsejaba dispersar esfuerzos de cara a la confluencia de todas las fuerzas republicanas en una gran federación dirigida por Salmerón. La idea lanzada por Lerroux, Junoy, Blasco y Soriano era una realidad en 1903, y hacia su materialización a escala valenciana se orientaron todas las energías.

Restringido el apoyo con que contó el proyecto solidario al respaldo que le proporcionó la fracción republicana sorianista era imposible que el va-

lencianismo pudiese arraigar entre los sectores populares –la pequeña burguesía en especial– como lo había hecho en Cataluña y afianzarse como un amplio movimiento interclasista. Su localización geográfica –la capital y pueblos próximos–, al coincidir con el bastión más importante del republicanismo, dificultaba aún más las cosas. La incapacidad que mostraron, por otra parte, los dirigentes urbanos del valencianismo político para establecer nexos de unión con las otras dos provincias, parece confirmar que la falta de vertebración de este territorio, atribuible tal vez en parte a la gran diversidad socioeconómica de sus tierras desde tiempos remotos, seguía pendiente en vísperas del estallido de la Primera Guerra Mundial.

En el periodo comprendido entre esa conflictiva coyuntura y los años sin libertad y sin parlamento del régimen de Primo de Rivera, el tardío decantamiento de sectores significados de la burguesía de la capital por un renovado regionalismo de orden para poder tener más capacidad de influencia en las esferas del poder de la capital del Estado, no se tradujo en mayores triunfos. Lo muestra tanto la derrota en las convocatorias de 1918 y 1919 de los candidatos por Valencia de la Unión Valencianista Regionalista, liderada por I. Villalonga, como el desinterés del dictador en respaldar Acción Valenciana.

La historia del socialismo valenciano contrasta vivamente con la del republicanismo. Las diferencias son fundamentalmente dos: de arraigo social entre los sectores populares y de rédito electoral de la capacidad de movilización de la Agrupación Socialista Valenciana (1887). El progreso en la primera dirección es al principio muy tímido pese a los acrecentados esfuerzos propagandísticos desde 1890 y no existe en el cómputo de votos obtenidos en elecciones generales. En efecto, en la convocatoria de 1898 incluso se decrece respecto al insignificante resultado de 1891 (121 votos). Un resultado sin lugar a dudas decepcionante teniendo en cuenta la derrota que ello significaba del fundador del partido, ya que Pablo Iglesias había encabezado la candidatura, y que por añadidura debió de ser aún más amarga puesto que el triunfante competidor había sido Blasco Ibáñez con sus 6.000 votos.

No obstante, desde principios de la nueva centuria, prosiguió con no menos vitalidad la tarea movilizadora de masas para intentar mejorar resultados pero, sobre todo, para liderar al movimiento obrero. Esto último lo lograron con éxito en las convocatorias huelguísticas de 1916 y 1917. En la primera ocasión fue la dirección valenciana la que movilizó a más de 100.000 trabajadores en todo el país. En la huelga revolucionaria del año siguiente, fueron los ferroviarios valencianos afiliados o próximos al PSOE los que la encabezaron. Sin lugar a dudas haberlo conseguido pone de manifiesto lo mucho que se había avanzado desde 1905 en penetración social entre los sectores de rentas bajas de la capital. Porque fue entonces cuando tuvo lugar el congreso constituyente de la Federación de Agrupaciones Socialistas de la Región Valenciana.

Pero es evidente que llegado el día de las elecciones la mayor parte de los miles de asistentes a los mítines de Iglesias (más de 5.000 personas acudieron el 16 de octubre de 1897 a escucharle al Teatro Principal) y de García Quejido no votaban socialista. No lo hacían probablemente porque consideraban que su sufragio tendría más utilidad si se sumaba a la lista con más posibilidades de triunfar tras la desaparición, desde 1898, del turno de conservadores y liberales: la candidatura republicana. También los desincentivaban otros motivos poderosos. Ante todo la falta de transparencia que caracterizó todas las elecciones generales, primero con la ley electoral libe-



Desde principios de la nueva centuria, prosiguió con no menos vitalidad la tarea movilizadora de masas para intentar mejorar resultados pero, sobre todo, para liderar al movimiento obrero. Esto último lo lograron con éxito en las convocatorias huelguísticas de 1916 y 1917. En la primera ocasión fue la dirección valenciana la que movilizó a más de 100.000 trabajadores en todo el país. En la huelga revolucionaria del año siguiente, fueron los ferroviarios valencianos afiliados o próximos al PSOE los que la encabezaron. Sin lugar a dudas haberlo conseguido pone de manifiesto lo mucho que se había avanzado desde 1905 en penetración social entre los sectores de rentas bajas de la capital. Porque fue entonces cuando tuvo lugar el congreso constituyente de la Federación de Agrupaciones Socialistas de la Región Valenciana.

Manifestación contra el precio de las subsistencias, 22 de noviembre de 1916. *Mundo Gráfico*.

La Guardia Civil cargando en el mercado de Valencia, 4 de marzo de 1914. *Mundo Gráfico*.

ral de 1890 y, más tarde, con la nueva normativa conservadora de 1907. Y posiblemente, además, el coste suplementario de, identificándose públicamente como socialistas, arriesgarse a sufrir represalias laborales.

Articulación de nuevos grupos de intereses y cauces diferenciados de sociabilidad

A comienzos de la década de 1920, la transformación modernizadora relativa de la urbe se plasma también en el avance del proceso de diferenciación y aglutinación de una variada gama de grupos de intereses, que son los más representativos del dinamismo de las principales actividades productivas. Dos entidades en especial, que habían nacido en la década de 1880, ilustran esta faceta de socialización de la burguesía agrario-exportadora: la Cámara Agrícola de la provincia de Valencia y la Cámara de Comercio.

La primera, centrada en la defensa del sector mayoritario, contará con dos publicaciones especializadas de indudable prestigio: la *Agricultura Española* y el *Agrario Levantino*. En ellas divulgarán sus conocimientos agronómi-

cos especializados firmas tan reputadas como las de Janini Janini (viticultura), Font de Mora o E. García Monfort (cultivo del arroz). Décadas más tarde la integración ha seguido progresando para intentar defender con mayor eficacia los productos más rentables. Por esa razón entre 1901 y 1913 han visto la luz tanto el Círculo Frutero, que dará paso en 1908 a la Federación Agraria de Levante, como la Estación Arroceras de Sueca. Tres años antes, en 1910, había abierto sus puertas la Estación de Viticultura y Enología de Requena con F. García Berlanga al frente.

La segunda, la Cámara, nacida en 1887 por iniciativa del Ateneo Mercantil de la capital, contará entre sus cuadros directivos iniciales a destacados prohombres de los círculos políticos (el liberal E. Pérez Pujol) y económicos (E. García Monfort y J. Carmona Berard, entre otros). Desde entonces y hasta la reorganización que propicia la nueva normativa general de la Ley de Bases de 1911, la entidad utiliza todos los procedimientos de presión política y corporativa para acrecentar la cohesión interna y poder ejercer una mayor y más eficaz presión económica ante los gobiernos centrales. En esa fase crucial de integración y movilización la coyuntura del 98 tiene una relevancia muy destacada. Una fecha simbólica asociada al impacto del desastre cubano, así como a las consecuencias derivadas de las propuestas impositivas del ministro de Hacienda, Villaverde.

La respuesta fue la creación del movimiento nacional de las cámaras de comercio. En Valencia –al igual que en la mayor parte de España– se celebraron reuniones y se organizaron ligas de defensa, y la Cámara de Comercio, siguiendo las instrucciones de la comisión ejecutiva de la asamblea de Zaragoza, dispuso el cierre de los comercios en señal de protesta contra el proyectado aumento de los gravámenes. Esta primera etapa de resistencia tributaria concluyó a finales de octubre de 1899. Pero le siguió otra durante la primavera y los inicios del verano del año siguiente. Volvió a reproducirse el cierre de establecimientos en demanda de la reducción de los gastos públicos y se repitieron los motines, las barricadas y los enfrentamientos con la Guardia Civil. Pero ni la presencia en Valencia del líder del partido



Redacción de *La Voz de Valencia*.
Colección Díaz Prósper.



de Unión Nacional, recién creado para articular la movilización de la clase media, ni el apoyo que brindaron a B. Paraíso, la Cámara, el Ateneo Mercantil y el Sindicato Gremial (el periódico *El Pueblo* se había desolidarizado del movimiento), lograron evitar el fracaso de este movimiento basado exclusivamente en la resistencia al pago de la contribución.

Pero al margen de este negativo resultado, este hecho evidencia un doble avance social: por una parte la existencia de una clase media cada vez más participativa y, por otra, la función de liderazgo de los sectores más dinámicos de la burguesía urbana para detectar problemas económicos y ofrecer soluciones. El impulso de esta tarea directora proseguirá con altibajos durante las décadas siguientes y se plasmará en algunas fechas simbólicas. Es el caso, en 1909, de la celebración de la Asamblea de Cámaras de Comercio de España y de las Cámaras españolas en el extranjero, aprovechando los fastos de la Exposición Regional. Y lo mismo cabe destacar de la participación de la Cámara de Comercio en la iniciativa de crear en 1917 la Feria Muestrario Internacional de Valencia. No obstante habrá que esperar hasta los primeros años treinta para que, por primera vez, vea la luz un proyecto integrador del conjunto de los diversificados intereses económicos del País Valenciano. Se tratará del CEEV (Centro de Estudios Económicos Valencianos) con R. Perpiñà Grau al frente del organismo y formando parte de él estarán las personas más reputadas por renta, estatus y capacidad de influencia política. Una elite que volveremos a encontrar por las mismas fechas liderando Derecha Regional Valenciana.

La misma elite que muy probablemente había estado socializando a través de otros cauces informales de la capital no menos importantes para ese resultado final. Así parece sugerirlo la proliferación de lugares de reunión y tertu-

En 1909, se celebra la Asamblea de Cámaras de Comercio de España y de las Cámaras españolas en el extranjero, aprovechando los fastos de la Exposición Regional.

Fachada del Palacio de la Industria de la Exposición Regional Valenciana de 1909. Dicho pabellón expositivo ocupaba el edificio de Tabacalera.

lia para compartir el ocio de los más poderosos. Entre los círculos burgueses más reputados cabe citar por ejemplo el Ateneo Mercantil, la Sociedad de Agricultura o Lo Rat Penat, junto a renovadas entidades como la Sociedad Coral El Micalet o la Sociedad Filarmónica. Unos lugares de encuentro para verse y ser vistos sus miembros varones, aunque por lo general fuesen acompañados de sus encopetadas esposas, que también ejemplifican los modernos cafés del casco antiguo como el Inglés o el España.

Unos ámbitos que contribuyen a reforzar vínculos y solidaridades identitarias tan poderosas como las que se generan entre las clases populares cuando frecuentan los mismos centros de ocio. Desde comienzos del siglo xx éstas puedan reunirse en la Casa del Pueblo, impulsada por iniciativa del ayuntamiento republicano blasquista como centro de reunión y acción cooperativista y cultural. Transcurrida algo más de una década, seguirán haciéndolo tanto en los círculos obreros de filiación socialista o anarcosindicalista que habrán proliferado como en algunas conocidas tabernas (Casa Cames, Capellá o Felipa). En ellas compartirán mesa y probablemente preocupaciones por las penurias económicas de la coyuntura de la Primera Guerra y posguerra mundiales (el desfase entre los encarecidos precios de los bienes de subsistencia y los salarios de los jornaleros o los trabajadores de los talleres) o familiares (la flagrante desigualdad salarial de las mujeres trabajadoras o de los niños). Tendrán que esperar todavía para que la «democracia valenciana» –son palabras de Manuel Azaña– les traiga, a partir de abril de 1931, el ansiado tiempo de esperanza de la nueva república de ciudadanos iguales, sin tiranos y con libertad.

EL TRÁNSITO A LA CIUDAD MODERNA: LA VALENCIA DE LOS AÑOS 20 Y 30

[ALBERT GIRONA ALBUIXECH –UVEG–]

Para el País Valenciano la etapa de entreguerras fue un periodo de transformaciones económicas y de cambios sociales profundos. El impulso modernizador arrancaba de la coyuntura de la guerra, que asentaría las bases, se expandiría durante los alcistas años veinte, singularmente en sus áreas urbanas más dinámicas, como la ciudad de Valencia, y cobraría nuevo empuje coincidiendo con el periodo de la democracia republicana. Todo ello, que implicaría modificaciones sustantivas, tanto en el orden social y económico, cuanto en el universo político, las mentalidades o la cultura, no obstante, quedaría lastrado por la Guerra Civil y el primer franquismo.

Una nueva forma de vivir: la ciudad moderna como modelo

«En trànsit a gran ciutat», así enjuiciaba Manuel Sanchis Guarner la evolución experimentada por el *cap i casal* en los años previos a la proclamación de la República. Un encabezamiento, sin duda, que hacía justicia a su particular esfuerzo por modernizarse a lo largo de las décadas de los veinte y de los treinta. Una Valencia, la de entreguerras, en permanente proceso de cambio y de crisis de crecimiento, dispuesta a desprenderse de sus tradicionales querencias rurales y provincianas para conseguir índices de moderni-